

sílica moderna, y de las rejas practicadas en sus pedestales reciben aquéllas luz: erigiólas Urbano VIII bajo la dirección y con dibujos de Bernini; abundan, pues, las columnas de mármol y los cuadros en mosaico, y las pinturas, así en las capillas como en el corredor que gira alrededor de la *Confesion*, cuyo altar enriqueció con exquisito gusto el Papa Clemente VIII. No hay recinto más venerable en los fastos de la cristiandad: el oratorio de los primeros fieles, la Basílica de Constantino, la Iglesia perseguida y la Iglesia vencedora: hé aquí las primeras ideas que despierta aquel sagrado subterráneo. Dando la vuelta al hemicíclo, todo lleno de monumentos interesantísimos para la historia de la religión y del arte, se llega á las naves de las llamadas *Grutas viejas*, al propio pavimento del templo antiguo: comprenden un espacio como de 16 metros de ancho por 40 de largo. Aquél es un verdadero archivo de piedra, tan precioso quizá como el otro de libros y pergaminos, que se guarda en las cámaras altas sobre la sacristía: es un museo de antigüedades cristianas, y un gran panteón donde reposan las cenizas de Santos, de Pontífices, de cardenales, de príncipes, de artistas y de otras personas ilustres. El antiguo cementerio Vaticano lleva su tradición gloriosa hasta los días de los apóstoles San Pedro y San Pablo: en las *Actas del martirio de San Marcial* se lee: que al entrar con otros cristianos en Roma «hallaron al Apóstol en el lugar que llaman Vaticano enseñando á grandes masas de gente.» Colocados más tarde por San Analecto los restos mortales del Príncipe de los apóstoles en aquel mismo cementerio, que había sido su cátedra, creció la devoción á tan insigne subterráneo, y Mártires y Pontífices lo poblaron durante las tres primeras centurias. El subterráneo fué luégo oratorio y despues Basílica: no puede ser más venerable y santo el recinto de las Grutas Vaticanas. Allí estuvieron los cuerpos de los apóstoles San Simon y Júdas y el de Santa Petronila, y los de los Santos Proceso y Martiniano, Gabino, Tiburcio y Gorgonio. Allí fueron enterrados el emperador Honorio, hijo del español Teodosio, y su mujer María, hija de Stilicon, en cuyo sepulcro se encontraron muchas joyas, quizá las mismas joyas nupciales

celebradas en los versos de Claudiano, y la emperatriz Ines, mujer de Enrique II, y Cedula, rey de los sajones, y Carlota, reina de Chipre, y las otras personas de estirpe real, cuyos monumentos se ven en la Basílica nueva. Allí estuvieron los magníficos sarcófagos de los Bascos y los Probos, pertenecientes á la familia Anicia, de la cual decia San Jerónimo que ninguno, ó muy raro, de sus individuos había dejado de obtener el merecido honor del consulado. En un sepulcro de mármol se leía el nombre de Probo Anicio, prefecto del Pretorio, muchas veces citado en el código de Teodosio á la cabeza de rescriptos imperiales, y el de su mujer Proba, tan piadosa y discreta, que San Agustín le dirigió una epístola, ó por mejor decir, un *Tratado de Orando Deo*, y San Juan Crisóstomo y San Jerónimo le tributan expresivas alabanzas: hijo de estos Probo y Proba, fué Olybrio, para cuya viuda Juliana escribió San Agustín el libro *De Bono viduitatis*. Todos los individuos de esta ilustre familia, que en vida hicieron mucho bien á la Roma de los Papas, rodeada de tribulaciones y peligros, en muerte recibieron de los Pontífices el honor de reposar junto á la tumba de San Pedro. En el fondo del corredor circular de las Grutas nuevas está el sarcófago de Junio Basco, monumento de la escultura romano-cristiana. En el antiguo cementerio Vaticano estuvieron asimismo el depósito de aquel Pedro Diácono, á quien escribió San Gregorio el libro de *Los Diálogos*, y el del Conde de Monforte y el de Frey Ramon Zacosta, español, gran maestre de la orden Jerosolimitana: abundan allí, por último, bajo-relieves, lápidas é inscripciones, cuyo exámen artístico y detenido estudio harian materiales para un volúmen en fólío. Grato es sobremanera recorrer aquellas antiquísimas capillas y detenerse ante aquellos mármoles, que contienen noticias escritas de siglos muy remotos; aquí versos latinos del gran poeta de los sepulcros, el Papa español Dámaso; más allá la inscripción al Santo Sudario por el Papa Adriano I; ya una lápida en que se conmemora que Juan III (siglo VII) permite que un diácono sea enterrado en la capilla; ya un fragmento de la carta escrita en el año 381 por Graciano I, Valentiniano II y Teodosio II, emperadores, al cón-

sul Flavio Eucherio, para la conservacion de los bienes de la Basílica (PRO S. B.—*pro servandis bonis*); ya otro fragmento del acta de donación hecha por la Condesa Matilde: estatuas, algunas de mérito singular por su antigüedad, bajo-relieves, adornos de sarcófagos, piedras de las que sirvieron para atormentar á los mártires de la fé; mosaicos procedentes de la Basílica primitiva: ¿quién es capaz de recordar todos los objetos que impresionan el ánimo y hieren vivamente la imaginacion en la visita de aquellos interesantes subterráneos? ¿Ni cómo detenerse ante cada una de aquellas piedras rotas, ante cada uno de aquellos menudos despojos de la antigua fábrica, cuando con tan alto derecho reclama toda la atencion del viajero la galería de sepulcros que llena los ámbitos solitarios de las Grutas Vaticanas? Multitud de lápidas funerarias ofrecen nombres ilustres, como los de la Reina de Chipre y Jerusalem, y los de cardenales y prelados, que ocupan en la historia lugar muy distinguido por su ciencia ó sus virtudes. No están las tumbas marmóreas dispuestas y colocadas por orden cronológico, que en las regiones de la muerte las fechas todas se confunden y se borran, y el tiempo es eternidad. Avanzando por la nave lateral derecha, camino como de la plaza de San Pedro, hállase el enterramiento de los Stuardos, y al otro extremo de la nave el sepulcro de Gregorio V: la infortunada dinastía inglesa, que se extingue al comenzar el siglo XIX, y el Pontífice valeroso que al espirar el siglo X afianza en Roma el orden y la autoridad, combatidos por la audacia de Crescencio, funesto precursor de Arnaldo y de Rienzi, y de todos los demagogos italianos. Junto á la tumba de Gregorio V está la de su primo y favorecedor Othon II, emperador que murió en 983: su cubierta de pórfido sirve, ya lo hemos dicho, de fuente bautismal en la Basílica moderna. La tumba vacía, que hay en el fondo de la nave, perteneció al Papa español Alejandro VI: sus restos mortales y los de su tío, también español, Calixto III, yacen detras del altar en la iglesia de Monserrat, esperando, ya mucho tiempo, un depósito más digno de los Papas Borgia y de la nacion española, que los llama sus hijos y que les debe insignes beneficios. No es posible mirar aquí la tumba y allá las

cenizas de Alejandro VI sin recordar su generoso empeño en pro de la gran empresa de las Américas y del engrandecimiento de España, á cuya reina doña Isabel la Católica prodigó los testimonios más elocuentes de cariño. Allí, al lado de un altar, descansan los restos mortales de Cristina de Suecia, y enfrente los del Papa Pío VI: en la inmediata nave una urna de granito rojo guarda los huesos del Pontífice Adriano IV (*Breakspeare*), el único Papa inglés que registra la historia de la Iglesia, la cual gobernó cinco años, hácia la mitad del siglo XII: más en el fondo de la misma nave, frente á los sepulcros de los Papas Pío II y Pío III (cuyos cuerpos yacen ahora en la iglesia de San Andres della Valle) está el monumento de Bonifacio VIII, el contemporáneo de Dante, el campeón vigoroso de los derechos de la Iglesia, la figura histórica más imponente de las que cierran el siglo XIII é inauguran el XIV: el sepulcro es una hermosa obra de escultura del florentino Arnolfo de Lapo: lástima que no ocupe un lugar en la Basílica nueva. Volviendo hácia el punto de partida, en la siguiente arcada se ve el depósito de Nicolas V, el autor del primer proyecto de reedificacion del Vaticano; el sabio fundador, puede decirse, de la Biblioteca; el amigo del beato Angélico, y de todos los hombres de letras y de artes de su tiempo: en el epitafio, compuesto por Enéas Silvio Piccolomini, que despues fué Pío II, se hace un magnífico elogio del insigne Pontífice que

*Exulit atque alte renovavit moenia Romæ.*

La figura yacente del sepulcro inmediato es de Paulo II (papa *Barbo*), que ocupó la silla pontificia de 1464 á 1471: la obra de escultura pertenece á Mino de Fiesole, uno de los más renombrados maestros del 1500: más adelante reposa en paz Julio III, cuyo nombre como Papa y como Cardenal del Monte, irá siempre unido á la historia del Concilio Tridentino. La sepultura de Nicolas III (*Orsini*) nos despierta nuevamente el recuerdo de las turbulencias y las luchas de siglo XIII, como los depósitos de Urbano VI y de Inocencio VII traen á la memoria el tristísimo período del gran cisma de Occidente. Junto

al sarcófago de Marcelo II, que fué Papa veinte y dos dias, está el de Inocencio IX, que lo fué dos meses (ambos en el siglo XVI). Y en el espacio que separa unos sepulcros de otros, y al pié de los pilares y en el fondo ó en los muros de las capillas, por todas partes se ven inscripciones funerarias, nombres de cardenales, algunos de damas ilustres como Ines Colonna, bajo-relieves y estatuas, que adornaron los sepulcros de los Papas ó embellecieron la Basílica antigua: los dos ángeles, que ahora guardan la entrada á la suntuosa capilla de la *Confesion*, pertenecieron al sepulcro del cardenal Eroli; sobre el altar, consagrado en 1122 por Calixto II, se veneran las imágenes de San Pedro y San Pablo, pintadas en tela sobrepuesta en una tabla con fondo de oro y láminas de plata, monumento de primer orden para la historia del arte en la Edad Media. La escultura tiene allí otro objeto digno de estudio en la estatua marmórea de San Pedro, colocada en remotos siglos entre las columnas del pórtico de la antigua basílica, encima de las puertas de bronce, *supra valvas aeneas*: excede sin duda en antigüedad á la otra estatua metálica, que desde los tiempos de San Leon recibe el ósculo de los peregrinos; pero el haber sido ésta construida con los materiales del Júpiter del Capitolio, y el referirse á la retirada de Atila por el influjo y la virtud del gran Pontífice, que la mandó fundir, han sido parte para que á ella se apegue con más viva eficacia la devocion de los fieles.

Las *Grutas Vaticanas* ofrecen, pues, en la misma confusion de sus monumentos, en la mezcla de mármoles y restos artísticos de los primeros siglos y de la Edad Media, y de tiempos relativamente modernos, un admirable cuadro, un conjunto de cuadros del más alto interes para la historia, para la filosofia, para las artes. Todo aparece allí providencialmente conservado, á traves de tantas vicisitudes y trastornos. Ciento treinta y dos Papas, desde San Pedro á Gregorio XVI, duermen en aquellos ámbitos el sueño de la eternidad: multitud de mártires (casi todos los Pontífices de los primeros siglos lo fueron) tienen allí su morada: en aquellos muros ha resonado la voz de los mayores sabios de la tierra: en aquel pavimento se han arrodillado los emperadores y los príncipes y los guerreros: de junto á

aquella tumba han salido en todas edades para civilizar al mundo varones apostólicos, que sin otras armas que la palabra, ni otro escudo que la fé, han conquistado comarcas y reinos y han llevado á todas las latitudes la única nocion verdadera de la dignidad humana. Debajo de esta tierra, en los huecos sombríos de estas paredes, yacen las cenizas de santos incontables, y de magnates y de sabios y de artistas, que llenaron el mundo con su nombre y con sus obras. Las tres inscripciones, que aún se conservan en el venerando lugar de la *Confesion* de San Pedro, resumen, con solas sus fechas, la historia de la Basílica, y aún la historia del cristianismo: una se refiere á San Anacleto, «que construyó la *Memoria* del bienaventurado Pedro llamada *Confesion*»; otra es de la época de San Silvestre, «que consagró un altar de piedra sobre el cuerpo del bienaventurado Pedro apóstol»; y la última, de Paulo V, que sin hacer expresion de las grandes obras del templo nuevo, rinde á los Apóstoles tributo de acendrada devocion: la Iglesia atormentada de las Catacumbas, la Iglesia protegida de Constantino, la Iglesia triunfante de todos los cismas y de todas las rebeliones. Fuera de aquel centro de verdad, léjos de aquella luz que en el trascurso de los siglos no han logrado apagar los huracanes de la soberbia, ni hay ventura para las sociedades, ni reposo para las familias, ni dignidad para los individuos. La tumba de San Pedro y San Pablo es el alcázar donde se hace hoy fuerte una doctrina, contra la cual pelean confundidas y desesperadas las huestes del error. Pío IX lo decia, no há mucho, en una ocasion solemne, dirigiéndose al círculo de los cardenales: «Así como en otro tiempo se escogia el sepulcro de Jesus para promover guerra á la cristiandad, ahora se busca la tumba de los Apóstoles para combatir mejor la doctrina que ellos difundieron con la palabra, confirmaron con el ejemplo y sellaron con su sangre.» Las Grutas Vaticanas, un templo debajo de otro templo, la cuna y el asilo del cristianismo junto á los sepulcros de sus mártires, pueden considerarse como el monumento histórico y religioso más interesante de la tierra.

## XVII.

El viaje de ascension en la Basílica de San Pedro es uno de los más curiosos que pueden emprenderse, y proporciona emociones que no producen las alturas más renombradas de la tierra. En Italia hay cúspides y torres que ofrecen puntos de vista verdaderamente admirables: en la misma Roma, el Capitolio y el Palatino y el Janículo y el Monte Mario son balcones, que dominan el inmenso y variado panorama de la ciudad reina del mundo y de los campos donde tantas veces se decidieron sus destinos. Pero las alturas de la Basílica Vaticana no son como las alturas de las pirámides de Egipto, ó las balaustradas de las torres gigantescas, atalayas más ó ménos grandiosas, que dominan espacios inmensos y horizontes muy lejanos; son una especie de ciudad sobre otra ciudad, un edificio de considerables proporciones, con multitud de cámaras y viviendas, donde se mueve y habita una poblacion, puede decirse, de operarios y dependientes de la Basílica, *los sampietrini*, industriales y artesanos en su mayor parte, que de padres á hijos transmiten su oficio respectivo y su hogar en aquella vastedad de los *desvanes* de San Pedro.

En la Basílica nueva, junto á la tumba de Clementina Sobieski, debajo de la inscripcion sepulcral, enfrente al monumento de los Stuardos, se abre la puerta que conduce á las regiones altas del templo: una ancha escalera de caracol de 142 peldaños, que por lo suave puede más bien llamarse rampa ó camino, va á terminar en la magnífica plataforma erizada de cúpulas y de habitaciones diversas: la cúpula de Miguel Ángel, la mole de 200 metros de circunferencia, domina aquel recinto con majestad soberana: la vista se levanta á 93 metros para mirar á la cruz. A la mitad de la escalera que hemos subido corresponde el nivel del pórtico en que se halla el gran balcon (*loggia*) de las bendiciones solemnes: los muros están llenos de inscrip-

ciones, que contienen nombres de príncipes, de artistas y de personajes que han hecho la visita á las alturas de San Pedro: ¡cuántas grandezas de la tierra han pasado por allí! ¡cuántos apellidos ilustres, cuánta gloria, y cuántos recuerdos y cuántas esperanzas! Todo ha desaparecido, todo es ya polvo y sombra, y en tanto la obra de Miguel Ángel preside á todos los monumentos de Roma y el espíritu que la inspiró resiste á todos los huracanes del error y de la soberbia. Allí cerca, en una de las ocho, cámaras octógonas de los pilares de la cúpula, se guardan los modelos de la Iglesia hechos por Sangallo y por Buonarroti; y un *facsimile* en madera de la Cátedra de San Pedro: en la Basílica Vaticana todo es museo y todo es archivo. Desde la plataforma de las cúpulas se goza, por la balaustrada exterior, del espectáculo hermoso de la plaza de San Pedro; y se puede pasar, prosiguiendo la ascension, á la galería interior que domina los ambitos de la Basílica; el efecto que produce no se puede explicar, no se presta humanamente á descripción. Los ojos vacilan entre dos inmensidades: el abismo si se bajan, la cúpula si se elevan: allí es donde se completa la idea de la magnitud del templo: desde allí nadie dirige la mirada á lo profundo sin sentir verdadero terror: siete piés de anchura tiene aquella cenefa circular, que mirada desde el pavimento de la Basílica, desde la balaustrada de la *Confesion*, apénas si parece que resalta del muro. Recorriendo aquella aérea galería de 124 metros de circunferencia, es dado admirar en sus colosales proporciones, la gran bóveda dividida en diez y seis compartimentos, con cuatro órdenes de mosaicos, y la linterna con sus pilares corintios y sus ventanas, á cuyo traves los últimos rayos del sol ofrecen al viajero, que pasea por las alturas del Pincio, un efecto de luz, único en el mundo. Para decorar la cúpula de Miguel Ángel, el Panteon de Agrippa, es decir, una masa de 42 metros de diámetro y de 50 de altura, levantada á 163 piés del suelo, no habia en el siglo xvii artistas, por más que hubiera elementos materiales y espíritu de magnificencia. Los mosaicos, que llenan aquel espacio, son de una riqueza admirable, pero la riqueza no constituye la belleza: el *Padre eterno*, que domina á todas las otras